

## El alma del capitalismo

Artículo publicado en el semanario "The Nation" del 11 de septiembre de 2003,  
síntesis del libro del mismo autor, editorial Simon & Schuster,  
New York 2003.

autor: \*William Greider

Si alguna vez se comprobara que el capitalismo tiene un alma, probablemente estaría ubicada en las cualidades místicas del capital mismo. La sustancia nace como simples ahorros personales y ganancias empresariales y luego fluye como el oxígeno a través de canales laberínticos para llegar al corazón de la vida económica. Una vez que se puso en movimiento, el superávit (que Marx denominó provocativamente "mano de obra almacenada") se convierte en uno de los tres factores clásicos de producción del capitalismo, junto con la mano de obra humana y la naturaleza (la tierra y los recursos consumidos durante la producción). El capital aporta el dinero para construir la fábrica, compra las máquinas y paga las facturas hasta que la compañía pueda producir, vender la mercadería y obtener utilidades para que los prestamistas e inversionistas puedan recuperar su dinero con el incremento esperado. No es simple pero es la esencia del capitalismo.

Dada la enorme riqueza de los Estados Unidos, el sistema financiero forma un embudo bastante angosto a través del cual pasan continuamente miles de billones de dólares. Si bien es cierto que las transacciones son extremadamente diversas y complejas e involucran a cientos de empresas

financieras grandes y pequeñas, el trabajo en sí lo realiza un número relativamente reducido de personas. En Wall Street (un emblema del sistema que ahora se expandió a nivel nacional), el dinero es manejado por menos de un millón de personas. Y sólo un puñado de esas personas toman las decisiones importantes. En forma colectiva, estas personas tienen un poder inmenso. Nadie las eligió, pero su posición elevada en la vida norteamericana se ve reflejada en sus ingresos astronómicos.

Mi objeción principal no apunta a los mecanismos financieros sino al carácter estrecho del sistema de valores. Salvo algunas excepciones importantes, los agentes del capital operan con una ceguera obsecuente que les impide ver los efectos colaterales del capital, una indiferencia absoluta hacia el futuro de la sociedad, incluso a la hora de garantizar el rendimiento futuro de las inversiones. El sistema del capital no autoriza a los agentes financieros a pensar en este tipo de cosas y puede castigarlos si se atreven a pensarlas. Sin embargo, el capital financiero moldea y regula el "contrato social" en los Estados Unidos en forma mucho más eficaz que el gobierno, que se ha apartado casi por completo de esa función.

## El alma del capitalismo

La gran contradicción —y la razón que posibilita una reforma— es que Wall Street trabaja con el dinero de otras personas, principalmente con los aportes jubilatorios de los ciudadanos norteamericanos, dejando de lado los valores y a menudo pisoteando los intereses de esas personas. De hecho, las grandes instituciones fiduciarias que manejan estos volúmenes de dinero son propietarias del 60 por ciento de las 1.000 corporaciones más importantes de los Estados Unidos y, aun así, son tan pasivas como los inversionistas: siguen mansamente los consejos de los bancos y las agencias de bolsa en lugar de defender los verdaderos intereses de los “beneficiarios”. Ese es un elemento central de los aspectos que se deben modificar.

***El capital financiero moldea y regula el “contrato social” en los Estados Unidos en forma mucho más eficaz que el gobierno, que se ha apartado casi por completo de esa función.***

En mi opinión, no sólo es posible sino probable que, con el tiempo, ocurra una transformación de los valores fundamentales de Wall Street. Mi optimismo puede parecer incauto pero se desprende de una apreciación de la forma en que el capitalismo dinámico evoluciona continuamente a partir de su propia efervescencia. Dentro del monolito de las finanzas, hay jugadores audaces que experimentan siempre nuevos métodos y teorías para sacar provecho de lo que el resto de la manada no ve o no comprende.

La mano de obra organizada es considerada como una fuerza débil y anacrónica en la vida norteamericana. Sin embargo, el movimiento sindical está en la vanguardia en un aspecto importante: están decididos a reposicionar el capital que efectivamente pertenece a los trabajadores para servir a los verdaderos intereses de los trabajadores y, por ende, a los intereses de largo plazo de la sociedad en su conjunto. Si bien el sindicalismo se ha debilitado enormemente en relación con su momento de apogeo, posee importantes bienes de capital: el poder de los 400 mil millones de dólares en fondos de pensión que manejan los sindicatos y los billones de dólares en fondos de pensión de

empleados públicos, ámbitos en que los sindicatos pueden ejercer una influencia real sobre los patrones de inversión.

“Es un proyecto muy capitalista; no es un proyecto socialista o revolucionario”, aclara Ron Blackwell, jefe del departamento de asuntos corporativos de la Federación Americana del Trabajo y del Congreso de las Organizaciones Industriales (AFL-CIO). “Es un proyecto tendiente a mejorar el capitalismo mediante la intervención directa”. Los inversionistas institucionales, especialmente los fondos de pensión, “están perfectamente diseñados para brindar este importante valor social que necesitamos: un capital paciente para la creación de riquezas a largo plazo”, explica Blackwell. “Sin embargo, se manejan en el corto plazo, siguiendo las mismas prácticas destructivas que favorecen los mercados de capitales. Nosotros queremos cambiar eso. Dado que se trata de nuestro dinero, quisiéramos realinear el objetivo privado del negocio, que es ganar dinero, con el objetivo social más amplio de todo negocio, que es generar riquezas, y convencer a los fondos de pensión para que reconozcan que la verdadera seguridad para los futuros jubilados yace en la creación de riquezas y no, en las ganancias de corto plazo.” Según Keynes, la creación de riquezas implica una economía que brinde las bases materiales para sustentar la civilización y no a la inversa.

***Las grandes instituciones fiduciarias son propietarias del 60 por ciento de las 1.000 corporaciones más importantes de los Estados Unidos***

El colapso de Enron y los escándalos que provocó fueron una lección importante y permitieron a la AFL-CIO organizar sus argumentos a favor de una reforma y obligar a los políticos a pensar más seriamente en el control de las corporaciones, la deslealtad de los administradores del dinero hacia sus clientes y el total desconocimiento de los fondos de pensión acerca del destino exacto de sus inversiones. Irónicamente, el sindicalismo (a pesar de su reputación) reintrodujo el lenguaje de la prudencia y confiabilidad de la actuación financiera.

---

---

---

---

Sin embargo, la mayor parte de los esfuerzos sindicales se realizan fuera del ámbito de la política. Los sindicatos ayudan a organizar la lucha de los apoderados de los accionistas y los juicios iniciados por activistas accionistas provenientes de congregaciones religiosas y grupos de protesta, pero la AFL también tiene una relación estrecha y personal con los administradores de dinero. La firma bostoniana State Street Global Advisers administra grandes sumas de dinero proveniente de los fondos de pensión sindicales y, al mismo tiempo, fue uno de los principales partidarios de la privatización del sistema de Seguridad Social. Después de que el CalPERS (Sistema de Jubilación de los Empleados Públicos del Estado de California) y algunos de los principales fondos señalaran esta aparente contradicción, State Street anunció su retiro de la coalición de Seguridad Social del Presidente Bush.

La Oficina de Inversiones de la AFL obtuvo una victoria decisiva para todos los inversionistas de los fondos comunes a principios de 2003, cuando convenció a la Comisión de Valores para que exigiera a los fondos comunes de inversión que revelaran cómo votaban a los apoderados en la lucha de los accionistas por el control de las corporaciones. Fidelity y Vanguard, los dos fondos comunes de inversión más grandes, lideraron la oposición a esta medida. Tenían sus motivos para oponerse: estas firmas de inversión regularmente votan contra los intereses de sus propios inversionistas para obtener el beneplácito de los directivos de las corporaciones. ¿Por qué? Porque las corporaciones los contratan para administrar los fondos de pensión corporativos y los planes 401(k). Si Fidelity y Vanguard votan contra las juntas directivas de las corporaciones, pierden contratos muy lucrativos. Si revelan sus votos contra los inversionistas, pierden muchos clientes. El tema de la transparencia de las votaciones abre un nuevo frente de batalla para controlar el comportamiento de las corporaciones y el cumplimiento de las obligaciones fiduciarias en el sector financiero.

Morgan Stanley, una compañía financiera de “servicios integrales”, ofreció uno de los ejemplos más flagrantes de cómo las firmas de Wall Street traicionan a sus clientes de la mano de obra organizada. En noviembre de 2002, tres analistas de Morgan Stanley publicaron un informe de consulta sobre estrategias de inversión en el que aconsejaban a los inversionistas: “Busquen la etiqueta sindical... y corran para el lado contrario”. A los funcionarios

sindicales no les agradó. Cientos de fondos de pensión sindicales contratan a la empresa Morgan Stanley como asesora y depositan cifras siderales en los diversos fondos de inversión de la firma. Como los clientes sindicales manifestaron su disconformidad, Morgan Stanley cambió el tono de su discurso, redactó una declaración a favor de las asociaciones sindicales y la presentó ante la AFL para su aprobación.

***El primer modelo exitoso de inversión sindical directa fue ideado por el sector más conservador: el sindicato de la construcción, que se ganó el derecho de invertir el dinero de sus pensiones en forma directa en proyectos de vivienda y desarrollo que generan puestos de trabajo***

Sin embargo, el blanco principal de los partidarios de la educación y la presión informada son los fideicomisarios de los fondos de pensión, comenzando por los fondos de pensión de la firma Taft-Hartley, que son directamente supervisados por los representantes sindicales y gerenciales. Hasta hace poco, la mayoría de los fideicomisarios sindicales tenían un comportamiento tan pasivo y convencional como los funcionarios corporativos. “La cultura de la industria financiera es intimidante”, explica Blackwell. “A los fideicomisarios los distraen enviándolos a conferencias en Hawái o a cualquier otro lugar donde haya un campo de golf y, al mismo tiempo, les hacen sentir todo el peso de su responsabilidad fiduciaria. Además, los fideicomisarios son trabajadores. No tienen tiempo para convertirse en expertos ni el asesoramiento técnico o legal para cuestionar las decisiones de inversión. Eso es lo que brindamos nosotros”.

En la actualidad, el Center for Working Capital (Centro para el Capital de Trabajo), un instituto de investigaciones inaugurado por la AFL, publica sus propios datos para fideicomisarios de fondos de pensión siguiendo el modelo de los materiales de consulta de las firmas de Wall Street, sólo que hace preguntas diferentes. El “Análisis de

## El alma del capitalismo

productos de inversión” examina los fondos de Wall Street que dicen ser “favorables para los trabajadores” e indica a los fideicomisarios de los fondos de pensión cuáles son auténticos. La “Encuesta de votos clave” califica a los administradores de dinero de acuerdo con la votación de los apoderados de los accionistas del fondo en temas clave para el control de la corporación. “Si los administradores de dinero obtienen una baja calificación, se les retira el dinero”, afirma Blackwell. Con el tiempo, prevé Blackwell, los fideicomisarios sindicales colocarán sus inversiones de capital en los fondos de capital localizados que están empezando a surgir, guiados por los miembros de su propio sindicato y basándose en quién conoce mejor los problemas de la comunidad y qué propuesta es la más sensata. “El capital que pertenece a los trabajadores debería estar al servicio de los objetivos y valores de los trabajadores; eso no sucede en la actualidad”, agrega.

Aunque estas ideas puedan parecer demasiado utópicas, lo curioso es que algunas ya se están implementando en situaciones concretas que requieren tenacidad. Los pioneros más agresivos del movimiento obrero ya se han conectado con algunos espíritus afines del capital financiero, banqueros especialistas en inversiones que comprenden el lado destructivo del funcionamiento del sistema actual y reconocen que hay oportunidades rentables para la verdadera “creación de riquezas” si el negocio incluye a todos los empleados, estén sindicalizados o no. El primer modelo exitoso de inversión sindical directa fue ideado por el sector más conservador: el sindicato de la construcción, que superó años de obstáculos legales tradicionales y se ganó el derecho de invertir el dinero de sus pensiones en forma directa en proyectos de vivienda y desarrollo que generan puestos de trabajo para los afiliados al sindicato.

Algunos capitalistas y trabajadores más ambiciosos (que no son ni demasiados ni tan pocos) se han unido para absorber compañías e implementar políticas favorables para los trabajadores mediante inversiones de capital directas que solían ser de dominio exclusivo de los ricos y los poderosos. El rendimiento es muy alto, como generalmente sucede en las inversiones de capital directas. La diferencia radica en los valores operativos. Y el “deal flow”, que en la jerga de los banqueros inversionistas significa la tarea esencial de identificar nuevas oportunidades de inversión, a menudo lo realizan los líderes sindicales locales, que están muy

familiarizados con las fallas y los potenciales no realizados de las empresas. Leo Gerard, actual presidente del sindicato de trabajadores siderúrgicos United Steelworkers of America, fue uno de los pioneros que impulsaron la movilización del capital sindical al observar que los pequeños fabricantes del área industrial del medio oeste se derrumbaban como consecuencia de las maniobras financieras o la incapacidad para obtener capital. Gerard, que nació en Canadá, ayudó a planificar la absorción de la empresa siderúrgica Algoma Steel, la mayor absorción por parte de los trabajadores en Canadá, así como gran cantidad de rescates menores en los Estados Unidos. Creó la red Heartland Labor Capital Network, que intenta replicar el éxito de Canadá con los fondos de inversión patrocinados por los sindicatos. (El fondo Quebec’s Solidarity Fund, que atrae a pequeños inversionistas mediante incentivos impositivos, se ha convertido en la mayor fuente de capital de riesgo en la provincia.) “La política estadounidense, al ser tan regresiva a nivel nacional, dificulta en gran medida la implementación de nuestra iniciativa”, comenta Gerard. Si bien el congreso creó nuevos subsidios impositivos para los fondos de capital de riesgo locales, los beneficios impositivos se aplican sólo a los grandes inversionistas, bancos y empresas.

Gerard vislumbra un universo cada vez mayor de firmas de inversión que realicen “inversiones de control” para rehabilitar corporaciones usando el capital de los fondos de pensión sindicales. A cambio, los responsables de la absorción deberían aceptar un requisito mínimo para garantizar los derechos de los empleados: permanecer neutrales en cuanto a la organización sindical y garantizar el rápido reconocimiento de las nuevas autoridades locales mediante un sistema de tarjetas de registro empleado por la mayoría de los trabajadores en lugar de las arduas luchas electorales en la Junta Nacional de Relaciones Laborales. Lo que es más importante, los trabajadores deberán tener participación en los procesos de toma de decisiones y, en algunos casos, participación accionaria con asientos en la junta directiva. La inclusión de tales garantías adicionales en los acuerdos de inversión directa -condiciones exigidas por los principales inversionistas- es una práctica estándar. En la jerga financiera, se denominan “cláusulas” o “pactos”, término que expresa la función social de un compromiso compartido. “Si podemos crear estas formas alternativas, podemos demostrar que el capitalismo no necesariamente tiene que usar prácticas tan brutales”, opina Gerard.

---

---

---

---

“Podemos crear una voz articulada que adquiera un nuevo sentido y que nos muestre que hay otra manera de hacer las cosas. Llamémoslo capitalismo social, en oposición al capitalismo darwiniano”.

***El capitalismo no necesariamente tiene que usar prácticas tan brutales”, opina Gerard. “Podemos crear una voz articulada que adquiera un nuevo sentido. Llamémoslo capitalismo social, en oposición al capitalismo darwiniano”.***

Curiosamente, David Stockman, el inteligente y tenaz conservador que fue director de presupuesto de la administración de Ronald Reagan en la década de 1980, encabeza una de las firmas “favorables para los trabajadores”: Heartland Industrial Partners, de 1,4 mil millones de dólares (evidentemente, el nombre de la firma está inspirado en la iniciativa de Gerard). El emprendimiento de Stockman sorprendería a los que recuerdan su estilo combativo en las políticas de Washington, pero impresionó a trabajadores y sindicalistas con algunos de los acuerdos que obtuvo para el Grupo Blackstone de Wall Street. Stockman sacó adelante a muchas empresas industriales trabajando con los empleados y los sindicatos en lugar de pasarlos por alto. Desde que lanzó su propia firma en 1999, sus estrategias orientadas a “comprar y construir” han estado completamente centradas en la recuperación de la salud y la rentabilidad de medianas empresas en los sectores de autopartes, mobiliario para el hogar y componentes aeroespaciales, entre otros. En total, Heartland administra alrededor de 10 mil millones de dólares en compañías industriales, cifra que probablemente la ubica como el fondo más grande de su clase. Algunos de sus inversionistas son el Canadian Pension Plan (Plan de Pensiones Canadiense) y el fondo de empleados del estado de Michigan, así como el sindicato de trabajadores siderúrgicos, junto con importantes inversionistas privados como J.P. Morgan Chase y AIG, el gigante en materia de seguros.

“David compra y toma el control de esas compañías y realmente las saca adelante, pero no lo hace a costa de los trabajadores”, explica Gerard. “David hizo una presentación ante los fideicomisarios del fondo de pensión, el sindicato

y la gerencia y pidió 10 millones de dólares. Cuando salió de la sala de reunión, la junta directiva decidió por votación entregarle 25 millones.” Incluso el poderoso Grupo Carlyle, dirigido por célebres republicanos del ala conservadora como James Baker, imitó a Stockman creando un fondo de inversión “favorable para los trabajadores” de 750 millones de dólares, tal vez diseñado para atraer los capitales de los mismos inversionistas sindicales.

En términos sociales, sin duda el pionero más agresivo es el KPS Special Situations Fund, que toma el control de bienes de capital en quiebra o abandonados e intenta recrear una corporación estadounidense con una cultura operativa muy diferente. “Invertimos en forma constructiva”, dice Mike Psaros, uno de los socios de KPS. “En lugar de castigar y arruinarle la vida a la gente, trabajamos en forma constructiva con los grupos de empleados para entender cuál es el problema y llegar a una solución”.

La “K” de KPS es Eugene Keilen, un ex socio de Lazard Frères que protagonizó la primera compra de una compañía importante por sus empleados: la compra de la empresa siderúrgica Weirton Steel en 1980. Psaros era un adolescente en Weirton, Virginia Occidental, cuando el plan de Keilen salvó la fábrica y los 10.000 puestos de trabajo que generaba. “Mi padre trabajaba en la fábrica”, dice. “Y este hombre que llegó de Nueva York literalmente salvó nuestro estilo de vida, nuestro pueblo. Y yo, un chico Weirton que nunca había oído hablar de un banquero especialista en inversiones, me dije: quiero dedicarme a eso algún día. Psaros estudió en la Universidad de Georgetown, se especializó en finanzas y viajó a Wall Street, donde se unió a su héroe.

Uno de los resultados más notables es Blue Ridge Paper Products, un importante productor de envases de cartón para leche y jugos y tazas de papel de la parte occidental de Carolina del Norte, con más de 2.000 empleados en seis plantas procesadoras y la planta principal de pulpa en Canton, Carolina del Norte. KPS creó esta compañía a partir de bienes de capital abandonados por Champion Paper luego del fracaso de una subasta realizada en Wall Street para venderlos. KPS recibió un pedido de ayuda urgente de Bob Smith, vicepresidente de PACE, la unión de Empleados de la Industria Papelera, Atómica y Química, y compró la empresa

## El alma del capitalismo

por 200 millones de dólares.

El fondo KPS, con GE Capital como co-inversionista, aportó 35 millones de dólares en capital propio y pidió un préstamo por 200 millones para tomar el control del 55 por ciento de la compañía, mientras que los empleados, tanto sindicalizados como no sindicalizados, adquirieron el 45 por ciento restante mediante un consorcio de propiedad de los empleados. Para financiar este emprendimiento, los empleados tuvieron que aceptar una reducción del 15 por ciento en la indemnización total. Los trabajadores eligen cuatro directivos que ocupan asientos en la junta de once miembros. Se han embarcado en el proceso difícil pero prometedor de cambiar la cultura industrial. “Nos va a llevar mucho tiempo”, afirma Psaros, “pero estamos transformando lo que yo llamaría la cultura estalinista, reaccionaria, asfixiante, autocrática y opresiva que existe en las plantas desde hace más de setenta años. Estamos creando una cultura participativa, comunicativa, una cultura del siglo veintiuno en la que la compañía se nutre de las ideas de la gente en lugar de apoyarse en sus espaldas”.

***Son muy pocos los reformadores sociales que han intentado usar el capital de una manera dirigida para obtener mayor equidad social dentro del capitalismo.***

Bob Smith, el vicepresidente del sindicato, habla en los mismos términos. “Desde hace muchísimos años, la conducción laboral en los Estados Unidos es autoritaria” declara Smith. “Cuando uno va a trabajar, deja la cabeza en la puerta y hace lo que se le ordena”. En cambio, dice, “la cultura debe ser: yo también soy el dueño, tengo parte de responsabilidad en hacer que esta operación sobreviva. La calidad del producto ya no es la compañía como tal. La compañía, en parte, soy yo”.

Blue Ridge Paper llegó a ser una compañía eficaz y rentable en bastante poco tiempo. Durante los primeros dos años y medio, se reinvirtieron más de 100 millones de

dólares del flujo de fondos expandido en la modernización de la compañía, la compra de nuevas maquinarias y la adquisición de otra compañía de embalaje para expandir la participación en el mercado de Blue Ridge. En la actualidad, la empresa fabrica todos los cartones de los jugos Minute Maid y consiguió la cuenta Florida Natural. Si todo sale bien, KPS podría “dejar” la compañía en cuatro o cinco años y vender su participación del 55 por ciento a la bolsa o a otros inversionistas, incluyendo los empleados. Los más de 2.000 trabajadores propietarios de Blue Ridge también podrían decidir vender su parte y recolectar una bonificación de aproximadamente 100 millones de dólares. Otra opción sería recurrir a la cláusula que permite a los empleados comprar la otra parte de KPS para ser propietarios del 100 por ciento de la compañía, lo que Smith espera que hagan.

El significado esencial de la experiencia de Blue Ridge no constituye una lección sobre cómo salvar una empresa papelerera o cómo hacerse más rico corriendo riesgos. El caso de Blue Ridge nos enseña acerca del poder del sector financiero de enaltecer los valores de la sociedad. Blue Ridge Paper Products es un ejemplo relativamente sencillo en el que se empleó una inversión con el objetivo concreto de apoyar “una visión diferente de la vida”, como lo expresó Mike Psaros. En este aspecto, las técnicas de inversiones de capital directas representan un territorio muy poco explorado dado que, fuera del ámbito sindical, son muy pocos los reformadores sociales que han intentado usar el capital de una manera dirigida para obtener mayor equidad social dentro del capitalismo. Las técnicas en sí son neutrales. Sus objetivos dependen de las personas que los implementen, las expectativas en cuanto al rendimiento —financiero y no financiero— y las cláusulas que se pacten.

***El poder financiero de la sociedad espera el surgimiento de inventores sociales tenaces.***

Podemos imaginar muchas variaciones del tema social, que irán surgiendo a medida que las personas y los grupos aprendan a movilizarse y a utilizar su capital para objetivos

---

---

---

---

---

no convencionales. Si bien el rescate de activos industriales y puestos de trabajo fabriles es muy importante, representa sólo una pequeña parte de la actividad de inversión y, obviamente, la tarea de llevar adelante corporaciones exitosas con pactos sociales demandados por los inversionistas es mucho más difícil. También lo es el desafío de financiar la puesta en marcha de empresas innovadoras que estén dispuestas a aceptar compromisos sociales más ambiciosos a cambio de un capital paciente. Dada la extraordinaria diversidad de instrumentos financieros hibridados que crea Wall Street, la gama de posibilidades para la elaboración de intervenciones especializadas es amplia pero aun desconocida. Por ejemplo, los defensores del medio ambiente podrían organizar inversiones de capital en las principales corporaciones para financiar los cambios tecnológicos en los sistemas de producción necesarios para proteger a la naturaleza, reformas ecológicas que las empresas y el sector financiero se han negado a hacer hasta ahora. El rendimiento del capital ecológico se basaría entonces en la eficiencia que esas tecnologías aporten a la compañía. Las ganancias para la sociedad serían un sistema industrial menos destructivo.

Mientras los riesgos se tomen con una autodisciplina estricta, no hay nada en las reglas operativas del capitalismo que impida este tipo de innovaciones, ya sea mediante fondos de inversión leales a la comunidad, la presión a los fideicomisarios de los fondos de pensión para cambiar las prioridades de inversión, la penalización de las firmas de Wall Street desleales o la toma de control de las corporaciones mediante inversiones de capital directas. En efecto, éstas son prácticas de rutina que se emplean a diario dentro del sistema en defensa de objetivos menos abarcativos y valores más individualistas. El poder financiero de la sociedad espera el surgimiento de inventores sociales tenaces, inversionistas que demuestren el coraje necesario para tomar el control de su propio dinero.

*\* William Greider se ha dedicado al periodismo político por más de 35 años. Fue editor de las revistas Rolling Stone y Washington Post. Es el autor de varios bestsellers, entre ellos, el recientemente editado "The soul of Capitalism".*



Publicación editada por el INSTITUTO NACIONAL DE TECNOLOGÍA INDUSTRIAL

"Este material ha sido seleccionado por su calidad para promover la reflexión y el debate sobre los temas vinculados con la tecnología, la economía y la sociedad"

Diseño e impresión: Ediciones del INTI • Cantidad de ejemplares: 800

8